



# El Risón

PERIÓDICO ILUSTRADO CÓMICO Y HUMORÍSTICO.

DIRECTOR LITERARIO  
D. CARLOS FRONTAURA

DIRECTOR ARTÍSTICO  
D. ALFREDO PEREA

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN.  
Calle de Preciados, núm. 5, librería, Madrid.—Teléfono 684.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN.  
En toda España: Trimestre, 3 ptas; semestre, 5,50; año, 10.  
Extranjero y Ultramar: Año, 15.  
Número suelto, 15 céntos.—Atrasado, 25 céntos.

Se publica los domingos.

EN EL BAILE DE PIÑATA.—(Dibujo de D. Perea.)



—No te empees, inglés. ¡En cenando sí que nos conocerás!...



## CRÓNICA.



Hacia muchos años que no se bailaba en Madrid tanto como se ha bailado en el que va corriendo. Si hubiese vivido el padre Claret no habría cesado de repetir aquel terrible á la vez que cómico anatema de su invención:

¡Ah! Joven que vas bailando,  
al infierno vas saltando.

En los palacios de nuestra más linajuda aristocracia se han sucedido sin interrupción las fiestas brillantísimas de que suelen murmurar los que no asisten á ellas, como si tales fiestas causaran perjuicio á otras clases...

Los que murmuran ecúandose las de liberales y amigos del pueblo, no han caído en la cuenta de que si este año no se hubieran celebrado tan magníficas fiestas, un gran número de sastres no habría tenido trabajo, y otras tantas lindas y pizpiretas modistas habrían estado mano sobre mano sin ganar una peseta; los sombrereros no habrían hecho unos centenares de sombreros, y me quedo corto, y los devotos de San Crispín no habrían confeccionado un número muy crecido de botas y zapatos de precio, y, en fin, otros muchos prójimos que viven de su trabajo, de su comercio, de su industria, no habrían logrado la legítima ganancia obtenida merced á las fiestas del gran mundo.

La invención del fraque encarnado ha sido peregrina.

Conozco un sastre que ha hecho algunos de estos fraques, y me decía ayer lleno de gozo:

—Lo que se necesita es que cada año se varíe el color. El año que viene debemos hacerlos amarillos y el siguiente de color de lila.

También los peluqueros, artistas en cabellos, que dijo no sé quién, han tomado el pelo á muchos elegantes, y se lo han rizado; pero tienen una queja muy justificada. Parece que las señoras, que sin duda no han visto en las peluquerías del reino el anuncio: «Se peinan señoras», que pone todo peluquero que se respeta, han dado la preferencia á un francés, venido de París, un Mr. Augusto (¡vaya un republicano que se llama Augusto!) que, según he leído en un periódico bien informado, no cobra mas que cien pesetas por cabeza.

También la benemérita y sandunguera clase

de peinadoras á domicilio se encuentra algo ofendida, aunque no mucho, porque ninguna peinadora puede persuadirse de que un francés, por *augusto* que sea, peine con la gracia y el *aquel* con que peina ella.

Por suerte, el francés, cumplida su misión extraordinaria en España, regresará á su país, que si permaneciera aquí creo que el gremio de peinadoras le había de peinar de lo lindo.

Un consejo daré á las *artistas* en pelo. Estudien el peinado antiguo, estilo Luis XIV y Luis XVI, y el año que viene no habrá necesidad de llamar á Mr. Augusto.

Yo no envidio á los grandes señores que dan esas fiestas tan brillantes y tan vistosas, ni á los maridos de las hermosas damas peinadas por todo lo alto; á quienes envidio es á los señoritos, á los que componen la pléyade de personajes del porvenir; jóvenes seductores, aunque desmejorados, para quienes las fiestas del gran mundo son una serie de magníficos imaginarios triunfos.



—La condesa me ha mirado ya tres veces esta noche,—dice uno á otro.

—Te la regalo,—contesta el otro con aire displicente.—Anda con ella, que yo entretendré al conde.

—¿Cómo le vas á entretener?

—Pues hablándole de la *hipnosis* y de la *sugestión*.

Estos señoritos constituyen el mejor adorno de los salones. No perdonan doncella ni casada, y se hacen la ilusión de que todos los corazones femeninos laten por ellos atropelladamente. Suelen ser atrevidos con las damas de cierta edad, jamonas iba á decir, y les encanta que les peguen un abanicazo. ¡Qué noches de felicidad! ¡qué emociones!... Han ceñido con sus brazos las cinturas inverosímiles de las niñas más vaporosas y encantadoras; han cenado con las más espléndidas hermosuras de la corte; se han codeado con los hombres políticos de mayor altura, y al uno le han dicho: «¡Adiós, Cánovas!» y á Castelar le han dado un pisotón, y á Sagasta le han preguntado

qué hay de política. Y salen de la fiesta persuadidos de que no hay quien los resista, y es verdad, y de que son tan personajes como el más empingorotado. Ellos gozan la felicidad sin nubes de los que todo lo convierten en sustancia.

Ahora que entramos en la Cuaresma truecan ellas las galas esplendorosas por los trajes modestos y sencillos, más elegante acaso, y las que han sido encanto de los salones acuden al templo á oír al predicador de moda—no sé si hay ahora predicador de moda, ausente el reverendo padre Món.—A la puerta del templo les esperará esa juventud dorada que tanto gustó en la temporada anterior, y no podrán sustraerse al *piropeo* de tan bizarra pollería.

Hasta de la Cuaresma sacan partido estos terribles conquistadores de la *high life*.

Este año no hemos tenido *minué*; nadie se ha acordado de lo mucho que nos divirtió el año pasado el *minué* al alcance de todas las familias. Se popularizó de tal manera, que se bailaba hasta en las porterías.

—Es un baile muy señor,—decía mi amiga doña Damiana, viuda de un teniente de carabineros,—y mucho más decente que el *valse* y la *porca íntima* que dicen. Yo no sé qué gusto le sacan á la *porca*.

¡Seráfica ignorancia la de doña Damiana!

VENTURITA.

### EL PAN NUESTRO...

Hizo Adám la felonía,  
y desde el instante aquél  
todos nos ganamos el  
*pan nuestro de cada día*.

Si Adám no llega á faltar  
y el divino encono ahorra,  
viviríamos *de gorra*,  
á gusto y sin trabajar.

Lo quiso la suerte loca  
y el castigo es evidente.  
Tiene que sudar la frente  
lo que entra por nuestra boca.

Y no hay apuro ni afán  
que en el hambre no cifremos.  
¡No hay riesgo que no afrontemos  
por el mendrugo de pan!

¿Que un orador chilla y pide  
libertad amplia y completa?...  
No hay tal cosa: es la *libreta*  
la que sus actos preside.

No es que sus frases aborden  
el bien de la humanidad:  
es que *come libertad*,  
como otros *comen del orden*.

El incomparable actor  
que con arte peregrino

ora se finge asesino  
ora egregio emperador,  
muestra su talento vario  
y finge placer y pena,  
porque se busca en la escena  
*un panecillo diario*.

El militar aguerrido,  
que, por la causa que sea,  
lanzándose á la pelea  
lucha y vence decidido,  
no es que por la patria amada  
se interesa ni se amosca:  
¡es que defiende la *rosca*  
con la punta de la espada!

El incansable doctor  
que junto al enfermo inerte  
le da largas á la muerte  
calmando agudo dolor,  
no es que por amor cristiano  
muestre cariñoso afán:  
es que se queda *sin pan*  
si se muere el parroquiano.

Sacro fuego, inteligencia,  
en vano aguardáis coronas.  
¡En cerrando las tahonas  
se acabaron arte y ciencia!

No habiendo pan, *no hay de qué*.  
¡Hasta la forma divina  
del altar se hace de harina  
porque alimente la fe!

Gloria, laurel... Necio afán  
que ninguno comprendemos.  
¡Los hombres todo lo hacemos  
por el pedazo de pan!

José JACKSON VEYAN.

8 Febrero 88.

### EPITAFIOS.

Aquí, en esta sepultura,  
descansa el ama de un cura.  
¡Ama de cura? ¡Me escamo!  
No andará lejos el amo.

Por el crítico Juan Brun  
esta fosa está ocupada;  
su vida fué una cruzada  
contra el sentido común.

Aquí yace una mujer  
llamada Juana Verdades,  
que zurció más voluntades  
que almas tentó Lucifer.

Hizo cuanto pudo hacer  
en amorosos amaños,  
pues pasó sus buenos años  
tejiendo amores *per sé*;  
y de vieja, ayudó á que  
los tejiesen los extraños.

José CABEZA.

AMOR CONYUGAL.—(Dibujo de D. Perea.)



- Veo, Rosita, que cuida usted mucho de su marido.  
— Sí, amigo Arturo, no quiero quedarme viuda.  
— Ni en chanza lo digas, mujer. Capaz serías de morirte de pena. Prefiero quedarme viudo yo.

## LA MADRE TEATRAL.

La madre que vamos á describir, lo mismo puede haber tenido en sus entrañas una tiple cómica, que una corista, que una bailarina.

La calidad del sér creado no altera la índole de la fábrica creadora.

Y vamos á hablar de las madres teatrales en general, dejando á salvo las excepciones honrosas que se encuentren en la clase, á las que, en vez de satíricos latigazos, dirigimos entusiastas elogios.

Para dibujar con cierta corrección, y sobre todo para tomar la verdad de la Naturaleza, hay que tener enfrente un buen modelo.

Doña Perfecta es viuda, y corre válida la voz en el teatro de que su marido murió *por no enfadarse*, fiel á una mansedumbre practicada sin interrupción durante veinte años de vida conyugal.

Al coger la pluma para escribir este artículo, dibújase en nuestra imaginación doña Perfecta, el tipo más acabado de madre del género que nos ocupa. Ese es nuestro modelo.

Doña Perfecta tiene dos hijas: bailarina una y corista la otra.

Tuvo una tercera, que llegó á tiple cómica; pero se malogró para el arte contrayendo matrimonio con un escribiente de la Deuda, que la *quitó del teatro* y después del mundo, *por mor* de unos celos tan rabiosos como justificados.

El escribiente sorprendió á su mujer en las Ventas del Espíritu Santo con un jefe superior de Administración muy aficionado al arte escénico y á otras cosas.

Disponiase á comer un arroz con pollos la enamorada pareja, cuando llegó el marido, y... ¡pum! *Tableau*.

Oír contar el lance á doña Perfecta pone los pelos de punta.

—¡Pícaro escribiente!— exclama.—No tuvo razón para hacer lo que hizo. Cuando él llegó á las Ventas, mi hija y el caballero que la acompañaba no habían hecho *más que sentarse*. Y él no sabía á lo que iban. Yo sí. Iban á tratar *del ascenso* del marido, que bien lo necesitaba. ¡Para que haga usted bien á nadie en este mundo! ¡Hija de mis entrañas! ¡Porque otra más virtuosa que ella... sobre todo después de casada! De soltera podrán decir lo que quieran... porque como era libre... y además, siendo ya *consiente*... Aunque bien poco pueden decir. Fuera de lo del maestro de coros, que fué el primero que le abrió los ojos en el teatro, y lo del segundo bajo, y lo del primer barítono, que se la quitó al traspunte y le estuvo bien empleado, porque él se la había quitado al hijo mayor del guardarropa; fuera de eso y de lo ocurrido con un teniente de Segorbe, un capitán de Sesma, dos sargentos de Numancia, media docena

de periodistas y unos cuantos autores dramáticos—aunque todo esto pasó en provincias, que es como si no hubiera pasado— mi hija llegó al altar de Himeneo como es debido: platónicamente. ¡Pobre hija mía! No le hubiera sucedido la desgracia si la hubiera acompañado yo. Eso probará á usted y á todo el mundo que las buenas hijas deben ir acompañadas de sus madres á las comidas de convite. En fin, ya pasó. Salud para encomendarla al cielo.

Esta relación es histórica.

Más de una vez se la hemos oído contar á doña Perfecta.

La madre teatral es viuda, *conditio si ne qua non*.

La madre casada ha de atender á los quehaceres domésticos, y no puede, en tal caso, cumplir exactamente con todos los deberes que el teatro impone.

Además, si viviera el difunto la niña no pisaría las tablas, porque nació en muy buenos pañales; pero las circunstancias...

Si el difunto fué empleado, en boca de la viuda llegó á ser gobernador de provincia de tercera clase, y lo hubiera sido de primera en cuanto hubieran mandado los suyos.

Si había pertenecido al orden judicial, le sorprendió la muerte en la escalera del Supremo.

Si era militar, en Cuba lo mató una bala el mismo día en que se le firmaba el real despacho de coronel.

El de doña Perfecta había sido secretario de gobierno civil; pero por liberal, le había cortado la carrera González Brabo.

Impulsado por sus ideas políticas, estuvo en Alcolea, *al lado de allá*; pero tuvo que emigrar más tarde, y murió de hambre en suelo extraño. Por no *abdicar de sus principios*, abdicó de los tres que se comieron siempre en su casa de la calle de las Hileras.

—Mi cocido alcanzó fama europea,—dice doña Perfecta de vez en cuándo.—Le han comido hasta embajadores.

Como el baile y el coro son las corporaciones que más temprano ensayan, á las nueve de la mañana ya tienen ustedes en el teatro á doña Perfecta con sus dos pimpollos.

Si por la precipitación con que han tenido que vestirse—se acostaron bastante tarde—no han podido desayunarse, doña Perfecta lleva en un pañolito ó en el bolso una onza de chocolate en rama y un panecillo francés, á no ser que las niñas prefieran un café, en cuyo caso lo llevan del más próximo al teatro.

Doña Perfecta da el aviso en el establecimiento, y de paso compra un cohombro ó dos para las niñas, porque ella ya no está *para eso*; tiene delicado el estómago.

Hace ya muchos años que no los prueba.

Lo que le sienta bien es una copita de anisado.

Empieza el ensayo, y doña Perfecta, con otras madres, se sienta al brasero, constituyendo entre ella y sus compañeras un verdadero aquelarre.

¡Qué lenguas!

Despellejado queda el pobre que cae bajo su acción.

—¿Qué trae usted en ese bolso?

—El desayuno, chocolate; porque como mis niñas son de tan poco comer... Traigo además papeles de teñir que acabo de comprar, y tres pares de zapatillas á medio usar, porque como el ensayo será largo, voy á *darles el punto*.

—Pues yo traigo un cuarterón de chicharrones y un panecillo alto.

—Guárdeme usted una poca miga para limpiar el tabinete.

—¡Vaya! Con mucho gusto. Si sobrará pan. Mi niña no tiene ni gana de abrir la boca. El embutido es lo único que le agrada, pero le hace daño. Merced al consejo del médico, hemos podido lograr que se quitara de la butifarra. Y gracias á Dios, está mejor y yo también, porque nos dejábamos el sueldo en *La Ceres*.

Pasan después revista á todo el personal del teatro, sacándole el pellejo á tiras, hablando mal del empresario, del representante, de los actores y hasta del guardarropa, que maldito si sabe encender el brasero; y así matan las horas, durante las cuales las bailarinas hacen piruetas al compás del violín de ensayo en el escenario, y las coristas aprenden música en el salón de coros.

Un detalle de doña Perfecta.

Hablando con su hija la bailarina, estaba el gomoso don Marcelino.

Preséntase en escena el mozo del café.

Doña Perfecta le habla al oído, y el mozo hace una seña de inteligencia, añadiendo esta frase:

—Está bien.

Llega el mozo adonde está la niña, y le pregunta:

—¿Quiere usted algo más?

—No, gracias.

—¿Qué te debo?—dice doña Perfecta desde su asiento.

—Treinta y cuatro reales,—contesta el mozo.

—Toma.

—No faltaría más,—se apresuró á decir el gomoso.—Tome usted y guárdese la vuelta.

Y dió dos duros al camarero.

Al salir éste fué doña Perfecta á encontrarle y le dijo en el corredor: «Dame ocho pesetas y quédate con las dos que sobran. ¡Ah! Y no vendas á cobrar más que cuando mis hijas estén hablando con algún caballero.»

No hay que hacer comentarios.

Se acaba el ensayo, y si no ha caído algo que hacer en las Ventas, en el Puente, en casa Bo-

tín ó en algún otro punto destinados á rendir culto á la Gula, rociada por Baco, se come en casa.

Por la noche en el teatro las madres son inaguantables. Durante las diez ó doce primeras representaciones de cualquiera obra no hay celador ni representante con poder bastante á separarlas de los bastidores.

Se las echa de éste, y como por arte mágico, aparecen en el otro.

Si la madre lo es de una parte principal, á pretexto de tener el abrigo para que la niña no se constipe desde el escenario al cuarto, no hay orden de la empresa que no burlen.

Y como todas somos hijas de Dios—según dicen las madres secundarias—los celadores pierden la fuerza moral, y de ahí que los bastidores están atestados de estorbos.

—¿Qué hace usted aquí?

—Cuidar de mis niñas.

—Sus niñas de usted ya pueden andar solas.

—¿Quién lo duda? Pero mi obligación es cuidarlas.

Y cuenta que donde haya reunidas dos ó más madres, de alguien se está hablando mal.

En viendo sola á una madre podéis decir sin temor de equivocaros: «A algún individuo está despellejando con el pensamiento.»

Reasumiendo.

Obligaciones de las madres teatrales:

1.<sup>a</sup> De día y de noche practicar la murmuración en grande escala.

2.<sup>a</sup> De noche y de día buscar quien convide á sus hijas, y á ella, por supuesto.

Felipe Ducazcal—cuya esplendidez nadie pone en duda—ha convidado muchas veces á compañías numerosísimas en masa.

Ahí están los Viveros que no me dejarán mentir.

Hablando de estas jiras suele decir Felipe: «¿Qué dirán ustedes que me resulta más caro? ¡El tren de madres!!!»

Para acabar ahí va esa anecdotilla:

Señalando á una mujer hermosa que había en un palco entresuelo de un teatro de París, decía un joven á una *ouvreuse* ó acomodadora, dicho en español:

—¿Quién es aquella joven?

—Una mujer muy guapa.

—¿Aceptaría un *bouquet* con un brazalet?

—Ya lo creo.

—¿Y una cena?

—Lo mismo.

—¿Y mi amor?

—También.

—Pero ¿quién es?

—Mi hija. Hace veinte años era yo.

RAFAEL MARÍA LIERN.

## LAS PEQUEÑAS INDUSTRIAS, por Urrutia.



Cambia plata por calderilla, coloca criadas y niñeras, y les da buenos consejos para hacer suerte.

## LOS PRIMEROS ARTISTAS.

A cada cual lo suyo.

La sastrería es una de las artes primitivas.

En opinión de algunos autores, el sastre, no tal y como hoy le conocemos, por supuesto, sino en embrión, fué anterior al cocinero.

Se fundan los eruditos que tal opinan, en que el hombre en sus orígenes se alimentaba con frutas y hortalizas al natural.

Primer ensayo de las asociaciones protectoras de animales y plantas.

El hombre, apenas caído en el pecado, vistió la levita de sus mayores, como diría algún hablista «correcto».

Es decir, el equivalente á la levita contemporánea.

En un libro del ramo he leído la confirmación de estas opiniones.

«Al venir el hombre al estado actual de la civilización, tuvo necesidad, desde su principio, de distinguirse en todos sus actos de los demás seres de la tierra.»

Y el hombre vistió primeramente el mandil de

hoja de parra, y luego la túnica de pieles de los demás seres, para distinguirse de ellos.

De lo contrario, hubiera sido muy fácil que le tomasen por fiera.

El autor del texto que tengo á la vista, es injusto con los demás seres, porque todos nacen vestidos: unos con plumas y otros con pieles.

«El hombre, para tener superior representación sobre sus semejantes,—continúa el autor,—necesitaba, primeramente, presentarse con mayor lujo de trajes, y para esto tuvo por necesidad que hacerse sastre.»

Y con ventajas de que hoy no disfrutamos, puesto que si todos eran sastres, y entre sastres no se pagan hechuras, les salía por una friolera la ropa.

«Este fué su primer oficio, hijo del más grande ingenio.»

Cúbrase usted, maestro.

«La palabra sastre significa algo más que cortar y coser vestidos: este algo no podemos negarlo.»

Si es usted quien lo dice ¿cómo lo ha de negar? «... y vamos á probarlo con datos que están al alcance de todas las inteligencias.»

O sea: «A la medida».

AUTÓGRAFOS DE ESCRITORES CONTEMPORÁNEOS.



*Viendo las estrellas.*

*(Música del piano.)*

*(aria de tiple.)*

*El joven y valiente,  
simpatico y galan,  
en su morena frente  
de amor ardí el volcan,  
pero es solo teniente....  
¡ si fuera capitán!...*

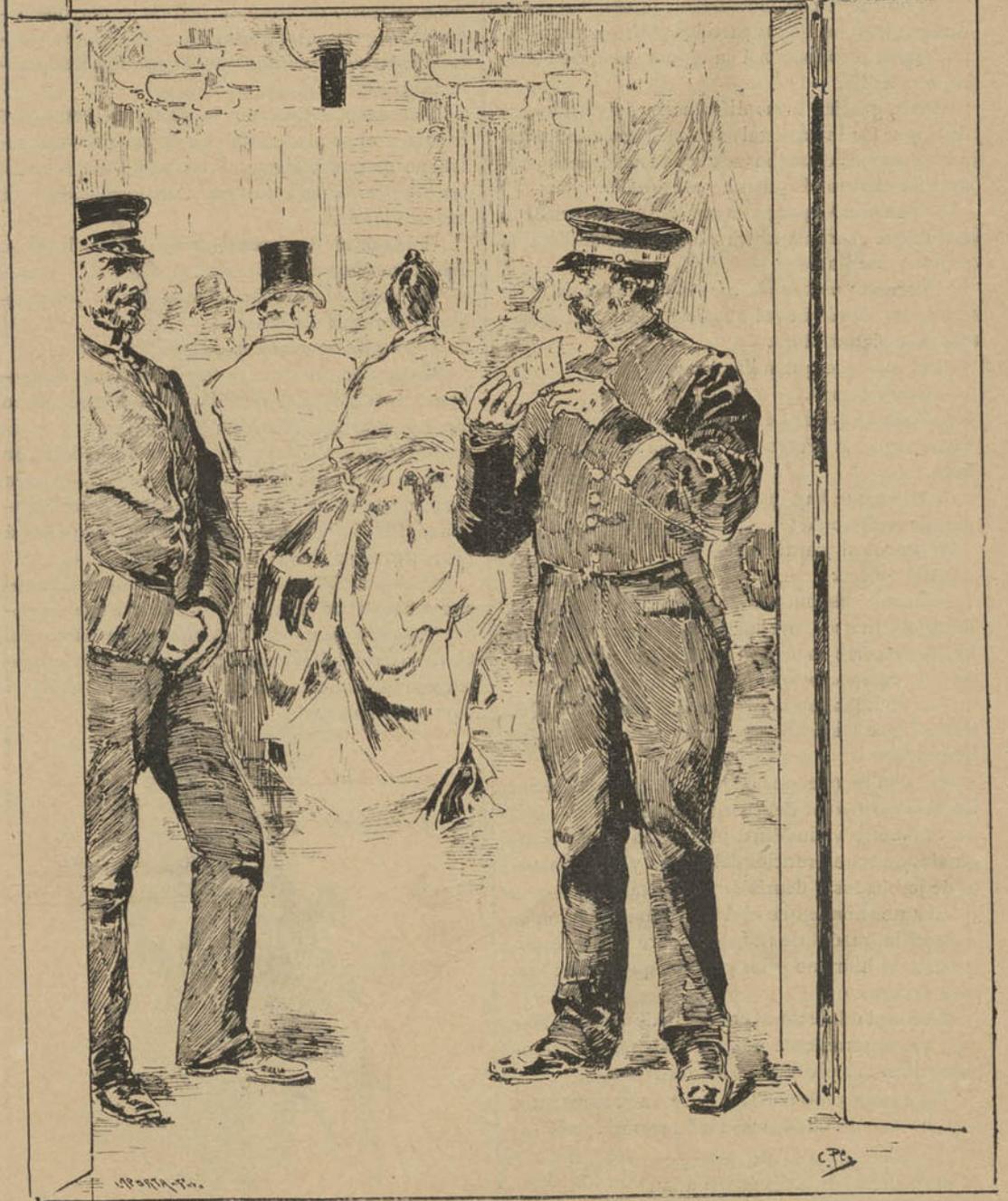
*(aria de tenor.)*

*¡ Porque su faz doliente  
me oculta con afan,  
y su mirada ardiente  
no sigue a mi alazan?...  
Comprendo... soy teniente  
y espera un capitán!*

*Manuel del Palacio*

CUERPO DE ALABARDEROS, por C. Plá.

# ENTRADA



—¡Oye, tú!... ¡Esta es la entrada de favor número 320!...

«El genio del sastre ha sabido inventar tantas formas de vestidos, que por su carácter se distingue á qué nación pertenece el individuo, á qué provincia, y hasta á qué pueblo.»

Y se conoce el acento y el idioma del que habla por el corte.

Y por la ropa se adivina ó se «sugestiona mentalmente á distancia» si el sujeto es casado ó mozo, si es hijo legítimo ó hijo de la noche, y así correlativamente.

Si no fuera por la sastrería, ¿quién habría de distinguir ni aun á los partidos políticos?

¿Quién reconocería á su esposa, ni al carbonero, ni á nadie?

Pero, gracias á las diferencias de vestidos, se distingue fácilmente, salvo en casos excepcionales, á las personas de ambos sexos y «demás seres», como dice el autor á quien he consultado.

—¿Quién es?—pregunta por rutina el criado ó criada que examina «á través» del ventanillo á la persona que llama.

Supriman ustedes la ropa del que llama, y la criada no sabrá si es el que desea entrar el aguador ó la planchadora.

Por más que quien llame responda:

—Gente de paz.

«Todavía queda bastante que aprender y reformar», según el profeta en sastrería á quien me refiero.

«Así es que hay quien apela á recursos impropios de nuestro Arte.»

¡Caracoles! ¡caracoles!

Allá va eso:

«Cuando tenemos el eficacísimo utensilio que llamamos metro, inventado por monsieur La Viña, que recorre todas las latitudes y circunferencias del cuerpo...» (¿El metro ó La Viña?)

«... dividiéndolas en pequeñas partes...» ¡Qué horror! Que Dios libre á ustedes de La Viña ó del metro.

«... con lo que podemos conseguir y apreciar los defectos físicos del cuerpo humano.»

Sin metro y sin Viña. ¡Adiós latitudes y longitudes y circunferencias del cuerpo y conocimiento de jorobados y demás seres «coetáneos»!

El autor añade que el Arte es más difícil «por la sencilla razón de trabajar sobre dos cuerpos móviles: el humano y los géneros que se emplean para vestirse.»

Pues nada de esto sabrían ustedes, ni los sastres, que seguramente no conocerían, ni yo tampoco, libro tan profundo sobre el Arte.

Yo, enternecido por la lectura, me reconcentré y quedé sumido en hondas meditaciones.

«¡Ay!—pensé.—¡Cuántas veces la ropa así duerme en el fondo del arca, y la roen polillas, y luego no se encuentra quien quiera empeñarla!»

EDUARDO DE PALACIO.

## ¡ATADO A UN ÁRBOL!

Se necesita tener un corazón de bronce para oír con indiferencia ciertos lamentos.

Y como yo tengo el alma de mazapán, aunque mis enemigos crean lo contrario, héme aquí todo acongojado y lloroso, dando á los vientos de la publicidad una carta que acabo de recibir de Milán.

El firmante es un tenor de ópera, á quien no tengo el gusto de conocer; pero la causa que defiende me parece tan justa, que no vacilo en ofrecer al apreciable cantante mi insignificante cooperación.

Voy, pues, á insertar la carta, tal como está escrita, con su ortografía y su sintaxis, en un castellano que recomiendo á los académicos por si les hace avío para futuras transformaciones de nuestro idioma.

Corregir el documento sería despojarle de su delicioso sabor de sinceridad.

Hélo aquí: fijen sobre él la atención los amables lectores de LA RISA:

«Egregio signor Pena e Goni:

Me perdone usted se lo disturbo de su ocupacione, pero ¿cómo se hase á callar después de lo que ho leído nel *Liberal* di Madrid?

Nel corso Vittorio Emanuele, in galería, in la Scala e in tutta Milano non si habla de otra cosa que de la carta que il maestro signor Tommaso Bretón ha estampato in quel periódico á propósito de la ópera *Gli amanti di Terolo*.

¡Madonna Santissima, estamo fresqui! Il tenore attacato á un árbol per lo riñoni e per lo codo! Il signor Diego di Marsiglia convertito in un perro mastino! Ma, corpo d' un cane! Que lo metan una mordasa in bocca e intonse le saldrá la vos per l' ombligo!



Se il poveretto tenore se incontra amarrato á una estaca per la sintura, per poco que la corda sia apretada risulterà una cavatina intestinal. ¡Sfido io! E que dirá il público cuando sienta aquella voce cavernosa? Ma que pongan á cantar al Gesù-Cristo de la Terrel! Quello si que será un tenor ideale! E dará il do di tripa con una forsa e con un timbro que será proprio una bellezza!

Il signor Tommaso dise nel suo articulo del *Liberal*:

«¡Otro censura que el tenor aparezca atado á un árbol! Pues si es la escena más hermosa, más dramática, la culminante del clásico drama que tomé por base, ¿cómo podía renunciar á ella?»

Andate al diavolo! La situacione será muy hermosa e muy dramática e muy culminante e muy clásica per el maestro que non tiene que cantar, ma per nosotros tenori es muy hermosa un corno!

¿Per que il signor Breton, que é un bravissimo direttore d' orchestra, non si mette á diriquir, amarrato codo con codo come un criminale? Se pode diriquir con la battuta in los dientes?

E allora ¿come hasemo los tenore per cantar? Se nos pegan una pugalata nel corasón e cantamos esperque la pugalata non hase daño, ma la corda per la tripa e per lo codo nos quita il movimiento e il respiro e non podemos que haser muecas con la cara, come una moña.

La situacione é molto originale, sicuro; ma intonse le ponga usté al tenore in un trapesio e al barítono in un alambre col balansin in mano e que canten un duetto.

O le ponga usté al tenor in medio de la scena tomando una ducha di acqua fría e cantando una romansa. E se il tenore lleva taparrabo,

será una romansa inmortal e la si llamará la romansa del taparrabo! ¡Altro que originale!

Ma el signor Tommaso que s' incontra tan entusiasnado con ver á los tenore amarrado al árbol, acabará per escribir una ópera intitulada *San Sebastiano*, e fortunato il tenore que le tocará cantar il santo! ¡Accidenti! Tendrá que meterse en el corpo dose arroba di miga di pan, perque las flechas non li hagan dagno.

L' otro día ho incontrado Gayarre nel café Biffi e li ho preguntado se lui si decará atacar al árbol, e mi ha risposto que á lui non lo amarra nadie, perque in su terra non amarran que á los bueyes e á las cavalerías mayores e menores, e que il tenore que si deca amarrar per i riñoni é lo codo diventa un cantante irrasionale.

¡E tiene rasón, porca la Martina! Un tenore amarrato es un tenore morto e io non mi deco amarrar tampoco si me dan cuarenta mil franco per cada amarramiento. E maledeto sia el que se deque convertirse en artista zoológico.

Dunque aquí in Milano non si encontrará un tenore que quiera cantar *Gli amanti di Terolo*.

Lo sepa il maestro Bretón: se la sua ópera si traduse al italiano, siamo tutti desidido á non decarse amarrar. Sincuenta pugalata nel corasón, sí; ma amarrar per la tripa e per lo codo, no.

¡Prima morire que cantar come il Gesù-Cristo di Zola! Questo sarebbe una porquería e yo non la hago camás, camás, camás, carrambal

Me escuse se la indignación me ha hecho faltar á usté, amabilissimo signor, e se tome una cordiale apretada de mano del suo servitore, — *Napoleone della Guasa*.»

A ver. ¿Qué se contesta á eso?

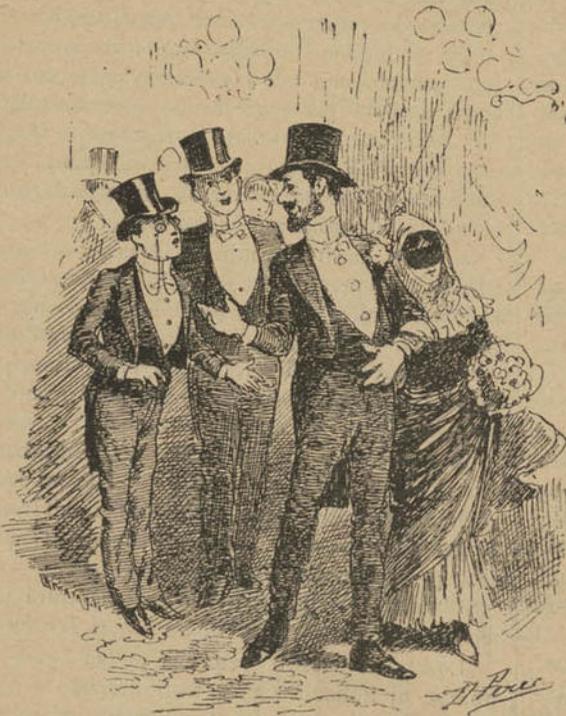
ANTONIO PEÑA Y GOÑI.

## LA CUARESMA.

Hemos entrado en el período más triste del año, período de ayunos católicos, vigiliass voluntarias, sermones fríos y pescados en toda clase de salsas. En las casas de huéspedes el suceso se festeja con entusiasmo por las patronas, porque la Cuaresma, prohibiendo la carne, autoriza la salida y consumo de unos sacos de habichuelas y lentejas averiadas, que el tendero de la esquina, enemigo jurado de los huéspedes, dará por cualquier precio.

La ceniza del miércoles es altamente simbólica: ella nos anuncia que los beafsteaks y chuletas quedan proscriptos, y que la lombarda y la patata van á ser con nosotros durante cuarenta días. Aterra el considerar el prodigioso número de judías secas que van á ir reemplazándose en nuestros estómagos; el espacio que ocupan en los huertos las hortalizas predestinadas á engañar nuestro apetito; el agua que habremos de beber, durante cuarenta mortales días, como consecuencia de la salazón del abadejo.





Bien se habrán divertido ustedes durante el Carnaval; pero á fe que no les arriendo ahora la ganancia. ¿Creían que todo era vestirse de moros, tocar la pandereta y frecuentar los bailes? ¿Creían que no iba á terminar nunca la ingeniosa bromita del *Te conozco*? Pues ahora se lo dirán de sermones y de vigiliás, para que vayan comprendiendo lo efímero de los goces del mundo.

Todavía, como estamos empezando la Cuaresma, los estragos del potaje no son muy visibles; los hombres y las mujeres andamos con nuestras carnes habituales, y los dolores de estómago no han sido cosa mayor, porque la gula, tan aficionada á la variedad, nos ha hecho acoger con júbilo al sustituto temporero del cocido nacional; pero conforme vayamos avanzando, los rostros pálidos y macilentos, la flojedad muscular, la pereza, que es su inseparable compañera, y los vahídos y bostezos dirán mejor que nada los efectos del ayuno. Porque supongo que ustedes no promiscuarán como algún beato que yo conozco, que después de comer de vigilia y de rezar el rosario acompañando á su costilla, se marcha al café con una buena moza del barrio de Valencia, y cena chuletas y jamón. Él dice que tiene bula; pero aun estirando mucho las autorizaciones de la misma, pareceme que no llegarán hasta permitir la promiscuación matrimonial.

La Cuaresma es un paréntesis, algo entre los bailes, las bromas y las cenas del Carnaval y el atracón de Pascua florida; un descanso en el camino de los placeres y una advertencia al cristiano. Algunos fervorosos cesantes toman la ce-

niza el miércoles, como indicación de que en su casa no volverá á encenderse lumbre en muchísimos días; y hay pensionistas civiles y *militaras* que preguntan si las medias tostadas de abajo quebrantan el ayuno cuando no las pagan ellas.

La Cuaresma podía darme ancho espacio para lucir mi erudición con el auxilio de los diccionarios enciclopédicos, haciendo constar, entre consideraciones filosóficas, que estamos ya muy lejos de aquellos tiempos en que los Concilios privaban de comer carne todo un año á los que no se habían abstenido de ella en la Cuaresma... y en que se obedecía á los Concilios; muy lejos de aquellos ritos que ordenaban tres ó cinco cuaresmas al año, y que imponían una sola comida de frutas secas análoga á la ofrecida por el fraile de *El puñal del Godo* al buen Teudia; muy lejos de las leyes de Carlomagno que castigaban con la muerte á los que infringían la Cuaresma; y de las suaves, simpáticas y fraternales costumbres de los antiguos polacos, que arrancaban la dentadura á los que comían carne en Cuaresma. La Historia nos ofrece en

este punto curiosísimos ejemplos, interpretaciones no menos curiosas sobre el alcance de la prohibición de las carnes más ó menos comestibles, y deducciones y parodias tan interesantes como el proyecto de los republicanos de 1793, de establecer una cuaresma de carácter político para festejar la Constitución y llegar dignamente á la celebración de la Pascua de la Libertad.

En Francia y otras naciones la Cuaresma se hallaba representada antiguamente por un maniquí, conducido y escoltado en los primeros días por los vendedores de pescados, y al que paseaban los domingos sobre un borrico. Cada vez que salía á la calle se presentaba más flaco y con menor acompañamiento, hasta que el Domingo de Ramos salía con un médico y un boticario, y el Sábado de Gloria moría, siendo conducido á una plaza y quemado en ella. Las dulces costumbres públicas hacían que á esta ejecución figurada siguiera una paliza auténtica dada por los carniceros á los pescaderos.

En muchas casas se ha conservado una costumbre más inocente é infantil: la de colgar en las puertas un monigote de papel de seis brazos, al que cada viernes de Cuaresma se arranca uno y se quema el tronco al llegar la Pascua.

Las leyes religiosas y civiles hacen que la Cuaresma sea hoy mucho más soportable que en los antiguos tiempos, y los ayunos más generalizados. En las profesiones liberales especialmente, y más especialmente aún en la literatura, son frequentísimos la vigilia consagrada al trabajo y el ayuno como resultado del mismo.

M. OSSORIO Y BERNARD.

## ESCENAS DE LA CALLE.



—Tengo que hablar con usted.  
 —¿Conmigo? Usted me dirá.  
 —¿Usted, aunque usted perdone, no se llama usted Pilar?...  
 —Sí señor, por muchos años.  
 —Gracias. Pues usted me va á querer, si es que usted quiere, y si es gustosa en hablar con quien es un *cabayero*, como yo lo soy, y tal.  
 La quiero á usted desde un día que la vi á usted *de* bailar en la Alhambra una habanera con un amigo, lo cual que no sé cómo no hice alguna barbaridad con el amigo, pues uno no lo puede remediar, se encela cuando le gusta una señora... y está bailando con otro, y ¡digo! ¡habaneras además!  
 En fin, ya pasó, y ahora

usted ya no bailará más que conmigo...

—¿Qué guasa!  
 ¿Usted se quiere quedar conmigo?...

—Poquito á poco, que yo no falto jamás, porque soy un *cabayero*, pero de los de verdad, y quiero que usted me quiera.  
 —¡Con esa capa! ¡Ja! ¡ja!  
 —Con esta capa, señora, sepa usted que soy capaz de hacer lo que haga el más hombre en el mundo... y más allá.  
 —Pues más allá *pué* largarse y dejarme á mí aquí en paz, y adiós, y que usted se alivie, y que no *haiga* novedá.

F.





## LAS TRES HERMANAS.

(Conclusión.)

### CAPÍTULO IV.

A los dos meses de su llegada á Madrid la viuda y las tres hermanas eran conocidas en todas partes. Don Cenón las había lanzado, y en teatros, paseos y tertulias lucían sus gracias. Ganaron el pleito, y cobraron los tres mil duros, que se redujeron á dos mil quinientos después de hacer al abogado un regalito.

Con tres mil pesetas pusieron casa; poquitos muebles en el interior; solo se esmeraron en adornar la sala y el gabinete para recibir visitas, porque ya tenían muchos amigos, y con el resto del dinero se propusieron vivir hasta lograr casarse las tres, y malo había de ser, pensaban, que uno de los tres maridos no cargase con la suegra.

Las pobres creían que no hay como querer casarse para casarse. Obscureció su entendimiento la lisonja; las volvió locas el continuo piropeo de los viejos verdes y de todos colores; las aturdió el estruendo de las fiestas á que asistían, y creyeron, en fin, que Madrid era otra Jauja.

Don Cenón, solicitado por la mayor y la menor, pareció decidirse por esta última, y empezó á insinuarse con regalitos, que Virtudes, sabiéndolo su madre, admitía como de un prometido, no como de un amante. Y para corresponder á tales finezas le bordó un gorrito con sedas de colores, con el que estaba don Cenón verdaderamente fusible.

La mayor pescó otro novio, un coronel retirado, amigo de don Cenón, soltero, propietario, hombre que parecía dadivoso y desprendido, como que de buenas á primeras envió á la mayor de las hijas de doña Severa un aderezo muy lindo que dejó llenas de asombro y estupefacción á las tres hermanas y á la madre.

—Lo menos vale cinco mil duros,—dijo ésta.

Virtudes enseñó á don Cenón el aderezo regalado por el otro novio á su hermana, no por otra cosa, sino por ver si el aragonés seguía el ejemplo.

Y en efecto, al día siguiente don Cenón llevó á Virtudes un aderezo igualito.

Las dos hermanas no cabían en sí de gozo, ex-

perimentando vivísimo placer sólo con la idea de las galas y riquezas que disfrutarían cuando se casaran. La madre había echado el ojo á don Cenón para llevar las cosas de modo que el viejo la invitase á vivir en su compañía en cuanto Virtudes fuera su mujer.

—Mi mamá—decía ésta al viejo, repitiendo la lección de la madre,—está enamorada de usted, y si no fuera mi mamá, yo tendría celos. Le quiere á usted como á un hijo.

Y don Cenón se sonreía seráficamente, y decía:

—Sí que es buena mujer doña Severa y que la estimo, ¡vaya si la estimo!

Policarpo, el único pobre, era el novio de Purita. En honor de ésta ha de consignarse que, aunque picada de ambición, de vanidad y amor al lujo, los viejos le repugnaban. En Valladolid había sido casi casi novia de Policarpo, y éste logró interesarla por su genio abierto y franco y por su fe en hacer carrera y suerte.

Un día, cuando ya empezaban á impacientarse las dos hermanas y la madre, porque los dos viejos no acababan de pedir en forma las manos respectivas, Policarpo, cumpliendo la promesa que había hecho á doña Severa, significó á don Cenón y al otro apunte la conveniencia de que cumpliesen aquella formalidad y se casaran con las dos chicas, las cuales perdían mucho en la situación equívoca en que se hallaban.

—Ustedes, les dijo, son dos personas formales y no se habrán propuesto divertirse.

—Pues sí, señor, dijo don Cenón, somos muy formales, pero no queremos otra cosa que divertirnos.

—Y nada de casaca, añadió el retirado.

—Y usted no sea tonto, únase á nosotros, y formaremos una triple alianza para ésta y otras empresas amorosas. Hay que divertirse, joven.

—Eso es, joven, hay que divertirse.

Terrible fué el castigo de la madre y el de las dos hermanas, de quienes intentaban hacer despreciables mancebas los dos viejos viciosos.

La pobre familia tuvo que vender lo poco que tenía, incluyendo los regalitos de los viejos, que resultaron diamantes americanos, y volvieron á Valladolid doña Severa y las tres muchachas, donde siguen pobres, y con un humor de los demonios la madre y la mayor y la menor de las hijas, porque Purita se casó con Policarpo, que ha hecho carrera política, y vive en Madrid en buena posición.

Aprendan, pues, las que á la desesperada se casarían de buena gana con un viejo rico, que estos viejos ricos escasean mucho, y los que hay ofrecen gran peligro á las chicas inexpertas, y suelen ser unos tunantes de marca mayor.

VENCEJO.

EL NATURALISTA.



¡Qué gusto, la flor del Cyclamen!



¡Cielos!...

El enamorado siempre es tímido.

Rara vez dura mucho el amor divulgado.

El amor que se extingue muere rápidamente, y rara vez revive.

No es posible amar á una mujer á quien no se atrevería á llamar esposa ningún hombre de honor.

Si queréis tener partido entre las mujeres, excitad su amor propio; éste siempre es agradecido.

El hombre enamorado sigue á la mujer como el cordero al sacrificador.

PASATIEMPOS INOCENTES.

Solución de los publicados en el número 7.

INCÓGNITA.

Gnomo.—Clara.—Carlomagno.

CHARADA.

Sotas.—Tasso.

Han remitido las soluciones: Julia.—Franklín.—Un guajiro.—Pomponnet.—E. Flores.—Tirante el Blanco.—Pedro Jiménez.

TRIPLE ACRÓSTICO.

...AR ...TA ...IA ...LO ...DA

Sustituir los puntos por letras de modo que quedando completas las palabras y colocadas en columna, den por resultado verticalmente, en la

- 1.<sup>a</sup> línea: Nombre de un emperador.
- 2.<sup>a</sup> » Id. de un rey de los tiempos heroicos.
- 3.<sup>a</sup> » Id. de otro emperador.

COMBINACION.

Sustituir los puntos por letras de modo que horizontal y verticalmente se lea:

- 1.<sup>o</sup> Nombre propio.
- 2.<sup>o</sup> Nombre de cierta obra literaria.
- 3.<sup>o</sup> Infinitivo de un verbo.
- 4.<sup>o</sup> Población española.
- 5.<sup>o</sup> Cierta piedra.

M. MARZAL.

MADRID, 1888.

Imprenta y librería de Miguel Guijarro, Preciados, 5.

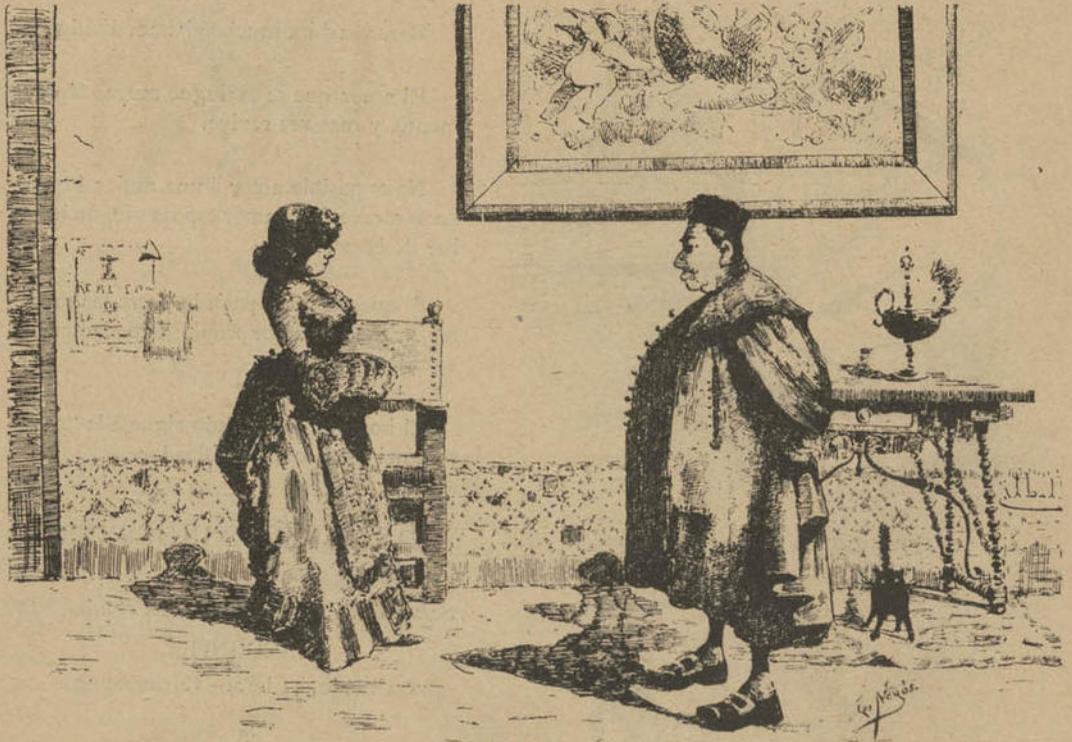


(SOBRE EL AMOR.)

El amor nada puede negar al amor.

La costumbre excesiva de los placeres impide sentir el verdadero amor.

CRIADA NUEVA.



—Señor, ¿de dónde traigo la carne?  
—De falda, hija, de falda, que es la que me gusta más.

## ANUNCIOS.

### LA RISA

SEMANARIO ILUSTRADO, CÓMICO Y HUMORÍSTICO.

SE PUBLICA LOS DOMINGOS, Y CONTIENE artículos y poesías de nuestros principales literatos, y viñetas y caricaturas de los mejores dibujantes.

#### PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN.

En toda España.—Trimestre; 3 ptas; semestre, 5,50; año, 10.  
Extranjero y Ultramar.—Año, 15 ptas.

Un número, 15 céntimos.—Idem atrasado, 25.  
A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número corriente.

Las suscripciones empiezan el 1.º de cada mes, y no se sirven si al pedido no se acompaña su importe.

En provincias no se admiten por menos de tres meses.

Los señores suscriptores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro Mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

Toda la correspondencia á nombre de D. Miguel Guijarro, á la Redacción y Administración, Preciados, 5, librería. Teléfono 684.

### LIBRERÍA DE MIGUEL GUIJARRO

PRECIADOS, NÚM. 5, MADRID.

### LAS REDES DEL AMOR

NOVELA DE COSTUMBRES

por

ENRIQUE PÉREZ ESCRICH.

En publicación. Constará de dos tomos en 4.º con láminas al cromo.

### LAS AVES NOCTURNAS

(Historia de dos huérfanos)

novela original por

JUAN DE LA PUERTA VIZCAINO.

Dos tomos en 4.º, ilustrados con magníficos cromos. Precio, 15 pesetas.

### LAS MARIPOSAS DEL ALMA

NOVELA DE COSTUMERES

por

D. ENRIQUE PÉREZ ESCRICH.

Dos tomos en 4.º, ilustrados con magníficos cromos. Precio, 15 pesetas.

